

GEORGES BATAILLE

LA ESTRUCTURA
PSICOLÓGICA
DEL FASCISMO

Traducción de
MARGARITA MARTÍNEZ



CENTZONTLE



Traducción de
MARGARITA MARTÍNEZ

GEORGES BATAILLE

LA ESTRUCTURA
PSICOLÓGICA
DEL FASCISMO



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, 1933

Primera edición, 2025

Bataille, Georges

La estructura psicológica del fascismo / Georges Bataille. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2025.
97 p. ; 11 × 17 cm. - (Centzontle)

Traducción de: Margarita Martínez.

ISBN 978-987-719-550-7

1. Fascismo. 2. Ensayo Filosófico. 3. Estado. I. Martínez, Margarita,
trad. II. Título.

CDD 101

Distribución mundial

Título original: "La structure psychologique du fascisme",
en *La Critique Sociale*, núm. 10, París, 1933.

D.R. © 2025, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Hernán Morfese

Diagramación de interior: Cristina Cermeño

Corrección: Patricia Motto Rouco

Edición al cuidado de Fabiana Blanco y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-550-7

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice



*Fascismo, formas imperativas
y fuerzas homogéneas del Estado*, por Margarita
Martínez ❖ 9

- I. *La parte homogénea de la sociedad* ❖ 19
 - II. *El Estado* ❖ 23
- III. *Disociaciones, críticas de la homogeneidad
social y del Estado* ❖ 27
- IV. *La existencia social heterogénea* ❖ 31
 - V. *El dualismo fundamental
del mundo heterogéneo* ❖ 43
- VI. *La forma imperativa de la existencia
homogénea: la soberanía* ❖ 47
- VII. *La concentración tendencial* ❖ 59
- VIII. *Los ejércitos y los jefes del Ejército* ❖ 63
 - IX. *El poder religioso* ❖ 69
- X. *El fascismo como forma soberana
de la heterogeneidad* ❖ 75
- XI. *El Estado fascista* ❖ 81
- XII. *Las condiciones fundamentales
del fascismo* ❖ 87

Fascismo, formas imperativas y fuerzas homogéneas del Estado



NO SE PODRÍA comprender “La estructura psicológica del fascismo”, escrito en 1933, sin inscribirlo en el mundo cultural europeo de entreguerras. Tampoco sin pensar la vida de su joven autor, Georges Bataille, por entonces de 36 años, empleado de la Biblioteca Nacional de Francia, exseminarista, pornógrafo y ensayista en ciernes, que había atravesado las napas politizadas francesas de los últimos años de la década de 1920 llevándose como trofeo la enemistad de André Breton y del mundo comunista afecto a Stalin. Sus primeros textos databan de 1926 y habían sido publicados en una revista de arte, *Aréthuse*; de ahí en más, su actividad no había menguado. En 1929 era secretario general de la revista *Documents* y, dos años después, entraba en contacto

con el Círculo Comunista Democrático, cuyo director, Boris Souvarine, ruso residente en Francia, era uno de los personajes más prestigiosos de la París intelectual y politizada de entonces. Hacia 1931, Souvarine ya se había alejado del Partido Comunista (PC) ruso, donde gravitaba de manera indudable, para autodeclararse comunista independiente y posicionarse contra Stalin; ya había creado el Círculo Comunista Democrático para hacer de la lectura política un proceso escindido de la línea oficial e incorporar la crítica al estalinismo; ya había relanzado el *Bulletin Communiste*, ahora independiente del PC, antes de fundar, ese mismo año, una revista potente, *La Critique Sociale*.

Mientras tanto, el recorrido vital de Bataille daba pruebas de un orden laberíntico que se construía en torno a ciertas preocupaciones secretas, a ciertos intereses tempranos que luego, al final de su vida, pretendía exponer en una historia de la economía (simbólica), o, más bien, en una “historia de la civilización” que conectara los procesos políticos y sociales a través de la relación entre el hombre y lo sagrado. Así, la trayectoria de Souvarine y su Círculo y la de Bataille, también cercano al comunismo y también

disidente por su interpretación del estalinismo, intersectaron en tres textos poderosos que entregó en 1933 a *La Critique Sociale*: “La noción de gasto”, “El problema del Estado” y “La estructura psicológica del fascismo”. Simone Weil dejó testimonio del efecto de esos textos en la revista y de su enfrentamiento con Bataille, quien estaba en las antípodas de su propia mirada sobre el proceso soviético: “La revolución, para él, es el triunfo de lo irracional, para mí de lo racional; para él una catástrofe, para mí una acción metódica en que se deben limitar esforzadamente los estragos; para él la liberación de los instintos, para mí una modalidad superior”.¹

Weil no fue la única en ponerse en guardia ante estas ideas relativas al fondo libidinal de todo poder. Souvarine deslindó inmediatamente a la revista del primero de esos textos, “La noción de gasto”. ¿Qué planteaba Bataille en este artículo que es el directo antecedente de “La estructura psicológica del fascismo”? Que es un error pretender que la vida humana y social se orienta según el concepto de “utilidad”; que más bien hay

¹ La conflictiva relación entre Weil y Bataille, así como este testimonio, se citan en Michel Surya, *Georges Bataille, la muerte obra*, Madrid, Arena, 2014, p. 201.

que atender a los enormes gastos de recursos y energía que no tienen una finalidad ulterior, sino que son “para sí”: el juego, las artes, la actividad sexual desviada de la reproducción, los ritos, la producción y circulación de objetos suntuarios, el culto a la muerte, el amor fascinado que no teme el precio de la pérdida absoluta, las revoluciones sangrientas. Que el hombre, en definitiva, no es un ser de la acumulación sino un ser para la pérdida. Y que esa pérdida se produce de modo más o menos involuntario para obtener gloria, rango y poder. En suma, invirtiendo las posiciones clásicas del análisis económico y social, Bataille estipulaba que quien poseía poder no era quien acumulaba bienes o riquezas, sino quien tenía la potestad de perderlo todo a voluntad. Eran ideas extrañas que, en términos políticos, descartaban el planteo de una revolución como un proceso lineal y razonado que habría de llevar a una realidad más justa. Simplemente, en los procesos de fascinación y pérdida colectivos, en los procesos de erección de todo poder —y la revolución era uno de ellos—, la justicia, la racionalidad y el bien no existían.

Pero en la Francia de la década de 1930, entre los grupos de izquierda, una conminación tácita tendía a orientar cualquier esfuerzo intelectual hacia la

militancia dura. En cambio, leer en filigrana lo que planteaba Bataille en términos políticos exigía trasladar la discusión a las arenas de los procesos simbólicos y retrotraerse a un punto de vista que no podía comenzar con el capitalismo o la Modernidad. Implicaba considerar el poder como lo sagrado. Y cuando publicó meses después “La estructura psicológica del fascismo”, Bataille logró, en palabras de Michel Surya, su biógrafo, ser “el primero y el único en Francia que intenta elucidar el fascismo por medio de una conceptualización predominantemente psicoanalítica”.² Es decir, Bataille introdujo el fascismo dentro de una noción que había elucubrado en la década de 1920 cuando abominaba de la apropiación que hacían André Breton y el surrealismo del marqués de Sade. Esta es la noción de lo “heterogéneo”, un concepto “negativo y aleatorio”, como señala Surya, que Bataille definía como la ciencia de lo “completamente otro”, e incluía aspectos negados en la cultura como la actividad sexual, la defecación y la micción, el culto a la muerte, las deidades, la miseria, lo que provoca repugnancia, la atracción por lo lúbrico, pero también

² Michel Surya, *op. cit.*, p. 211.

por los líderes fálicos y autoritarios. Dicho de otra manera, lo heterogéneo envolvía aquellas actividades que se enmascaraban con un silencio general, pero que eran nodales para la vida y la cultura, y que se vinculaban con la pérdida o el gasto. Mientras que lo homogéneo era toda actividad productiva que perpetuara el orden social, lo heterogéneo abarcaba elementos superestructurales negados y fascinantes, es decir, todo aquello contra el orden establecido, contra lo previsible y contra la perpetuación de lo existente. En este punto, observaba Bataille, el fascismo, a diferencia del socialismo, estructurado sobre la separación de clases, era capaz de reunir a todas las clases, y no solo a ellas sino también al fondo libidinal que contenía lo heterogéneo y rozaba lo sagrado.

Por esta razón, dentro de una historia de larga data, el fascismo, lejos de ser visto *solo* como autoritarismo de derecha dentro del esquema del Estado moderno, tenía que ser visto dentro de esquemas más amplios como la actualización de una antigua alianza entre las fuerzas heterogéneas (violentas) de la soberanía —entendida esta como la capacidad de ser dueño de sí— y las fuerzas homogéneas del Estado —que, precisamente, impedían y negaban el

usufructo de esas fuerzas para usarlas en su nombre—. Así, el fascismo, como dirá en este ensayo,

pertenece al conjunto de las formas superiores [a las formas que históricamente la sociedad considera superiores]. Apela a los sentimientos tradicionalmente definidos como *elevados* y *nobles*, y tiende a constituir la autoridad como un principio incondicional, situado por encima de todo juicio utilitario.

¿Significaba eso enaltecer al fascismo o plantearlo como valor positivo? En absoluto: significaba colocarlo como uno de los más rutilantes procesos de pérdida catastróficos que eran hijos de la represión de los instintos que había hecho la Modernidad.

Pensar la autoridad, incluso la autoridad dentro de los procesos revolucionarios, en su necesaria alianza con lo militar (y Bataille lo hará al sopesar a la URSS), pensar la subordinación al líder como algo que se vale del carácter sojuzgado y miserable de quienes la suscriben, atender a los elementos abyectos de la fascinación y a los mecanismos que llamaríamos “sádicos” era algo que la izquierda no estaba dispuesta a hacer para calibrar sus propias dinámicas. Finalmente, el

problema para Bataille, a uno u otro lado del arco político, concernía a no querer ver que había un goce colectivo en la violencia: los modernos concentraban su fe en que la razón era capaz de darle un sentido correcto a la existencia, principio que, de existir, solo se vinculaba con la pérdida y el gasto. Para Bataille, el individuo moderno estaba llamado a distraerse de las reales implicaciones, de los resultados concretos de su manía de proyectar y esconder sus fuentes anímicas para luego sorprenderse en caso de fascismo. En lo que concierne a la estructura del Estado, Bataille coloca la lectura de estos movimientos que le era contemporánea en esa misma línea: como un lavado de manos, una no aceptación del goce que produce la muerte y la autoridad de corte militar, visible en los moldes de la política fascista y que él define como la pasión por lo que es *completamente otro*.

Los elementos en juego en este ensayo se revelaron, a largo plazo, fructíferos para pensar el nazismo, que se desplegaría a régimen pleno muy poco después de su escritura. Son útiles también para pensar el auge y la caída del poder soviético. Y permiten evaluar distintos tipos contemporáneos de autoritarismo que, a la mirada desorientada de las izquierdas, resultan

simplemente incomprensibles. No es de extrañar que en su momento hayan irritado o fueran desoídos, como demuestran las tensiones que se comenzaron a gestar entre Bataille y Jean-Paul Sartre, y que recién decantarían en 1943.³ Bataille se atrevía a pensar procesos que el análisis científico del marxismo negaba o relegaba a un carácter superestructural. Pero postulaba a un intelectual igualmente enceguecido cuando entraba en la lógica libidinal del poder. Su objetivo fue el diagnóstico de una civilización gastada que había olvidado el heroísmo como una forma de olvido de lo humano. Y su diagnóstico del fascismo, el de un correlato caricaturesco de ese heroísmo olvidado mediante un remedo del fasto llevado adelante por regímenes suicidas.

MARGARITA MARTÍNEZ

³ Jean-Paul Sartre desclasó a Bataille de la órbita de los pensadores en un texto acusatorio titulado *Un nuevo místico* (1943) (“[Bataille] no es un científico [*savant*] ni un filósofo pero tiene, lamentablemente, nociones de ciencia y de filosofía” [Jean-Paul Sartre, “Un nouveau mystique”, en *Situations I*, París, Gallimard, 1947, p. 146]). Pero la afrenta era mayor: Sartre lo sindicaba como loco, paranoico y “el resto es asunto del psicoanálisis” (p. 174).

I. *La parte homogénea de la sociedad*



LA DESCRIPCIÓN PSICOLÓGICA de la sociedad debe comenzar por la parte más accesible al conocimiento —en apariencia, la parte fundamental— cuyo carácter significativo es la *homogeneidad*¹ tendencial. *Homogeneidad* significa aquí conmensurabilidad de los elementos y conciencia de dicha conmensurabilidad (las relaciones humanas se pueden sostener mediante una reducción a reglas fijas basadas en la conciencia de la identidad posible de las personas y de las situaciones definidas; en principio, toda violencia está excluida del curso de la existencia implicada de este modo).

¹ Los términos *homogéneo*, *heterogéneo* y sus derivados se destacan cada vez que sean tomados en un sentido que resulte particular a este escrito.

La base de la *homogeneidad* social es la producción.² La sociedad *homogénea* es la sociedad productiva, es decir, la sociedad útil. Todo elemento inútil queda excluido, no de la sociedad total, sino de su parte *homogénea*. Dentro de esa parte, cada elemento debe ser útil a otro sin que jamás la actividad *homogénea* pueda alcanzar la forma de la actividad *válida en sí*. Una actividad útil siempre tiene una *medida común* con otra actividad útil, pero no con una actividad *para sí*.

La medida común, fundamento de la *homogeneidad* social y de la actividad que se deriva de ella, es el dinero; es decir, una equivalencia cifrable de los diferentes productos de la actividad colectiva. El dinero sirve para medir todo trabajo y hace del hombre una función de los productos mensurables.

² Las formas más logradas y las más expresivas de la *homogeneidad* social son las ciencias y las técnicas. Las leyes fundadas por la ciencia establecen vínculos de identidad entre los diferentes elementos de un mundo elaborado y mensurable. En cuanto a las técnicas, que sirven de transición entre la producción y las ciencias, se oponen, en las civilizaciones poco desarrolladas, a las prácticas de la religión y la magia en razón de la homogeneidad de los productos y de los medios (véase Henri Hubert y Marcel Mauss, “Esquisse d’une théorie générale de la magie”, en *Année Sociologique*, vol. VII, 1902-1903, p. 15 [trad. esp.: “Esbozo de una teoría general de la magia”, en Marcel Mauss, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979]).

Cada hombre, según el juicio de la sociedad *homogénea*, vale según lo que produce, o sea que deja de ser una existencia *para sí*: es solo una función ordenada, en el interior de límites mensurables, de la producción colectiva (que constituye una existencia *para otra cosa que sí mismo*).

Pero el individuo *homogéneo* no es verdaderamente función de sus productos personales sino que existe dentro de la producción artesanal, cuando los medios de producción son relativamente poco costosos y pueden ser poseídos por el artesano. En la civilización industrial, el productor se distingue del poseedor de los medios de producción, y es este último el que se apropia de los productos: en consecuencia, es él quien, en la sociedad moderna, es función de sus productos; es él, y no el productor, quien funda la *homogeneidad* social.

Así, en el orden actual de las cosas, la parte *homogénea* de la sociedad está formada por aquellos hombres que poseen los medios de producción o el dinero *destinado a su mantenimiento y adquisición*. Es dentro de la clase llamada capitalista o burguesa, exactamente en el segmento medio de esta clase, donde se opera, en la base, la reducción tendencial

del carácter humano a una entidad abstracta e intercambiable, reflejo de las *cosas homogéneas* poseídas.

Esta reducción se extiende luego, tanto como es posible, a las clases generalmente llamadas medias, que se benefician de participaciones apreciables en las ganancias. Pero el proletariado obrero sigue siendo en gran parte irreductible. La posición que ocupa en relación con la actividad homogénea es doble: esta lo excluye no en cuanto al trabajo sino en cuanto al beneficio. En cuanto agentes de la producción, los obreros entran en los marcos de la organización social, pero la reducción homogénea no concierne en principio sino a su actividad asalariada; están integrados en la *homogeneidad* psicológica en cuanto a su comportamiento profesional, no en cuanto a su comportamiento como hombres en general. Fuera de la fábrica, e incluso fuera de sus operaciones técnicas, un obrero es, en relación con una persona *homogénea* (patrón, burocrata, etc.), un extranjero, un hombre de una naturaleza diferente, una naturaleza no reducida, no sojuzgada.

LA ESTRUCTURA PSICOLÓGICA DEL FASCISMO

En este breve ensayo de 1933, Georges Bataille propuso elementos fructíferos para pensar el nazismo y el poder soviético. Su análisis permite reflexionar hoy sobre los distintos tipos de autoritarismo y el ascenso de la derecha en la coyuntura actual. Una lectura indispensable para comprender el presente.

“El fascismo es la fuerza que rompe el curso regular de las cosas, la homogeneidad apacible, pero fastidiosa e impotente para mantenerse por sí misma.”

ISBN 978-987-719-550-7



9 789877 195507

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA